

edificio, como deja el marino su nave, si encalla, en poder de los ratones; pero este edificio habitado fué, largos siglos, por la orden dominicana, fundación del fundador de las varias inquisiciones católicas, orden dominicana, madre á su vez del regicida Santiago Clemente, al cual quieren los fanáticos reaccionarios religiosos canonizar, pues, por servir aquella liga, perpetradora de la horrible matanza de San Bartolomé, se fué Santiago de los jacobinos á Saint-Cloud una mañana, confesó y comulgó públicamente para irse á París luego buscar como una fiera, el cuerpo de su rey, Enrique IV, á quien odiaba por conciliador ó semi-luterano, y dejarlo seco en tierra de una puñalada, bendecida todavía en el pecho y en el símbolo de diez generaciones retrógradas. Huele verdaderamente á sangre toda la genealogía de Robespierre. No se puede uno asomar á su historia sin que le de un hedor asqueroso en la nariz y lo tire de espaldas. Parece una carnicería y un pudriero. Sangre caliente que corre, cabezas hinchidas de calor que ruedan frías sobre los cadalsos, carretas llevando troncos descabezados al cementerio, para ver si desaparecen al par de sus vidas, sus recuerdos: hé ahí cuanto nos ofrece la memoria del dictador, perseguido á su vez de las furias, que le aplican la ley del Talió, como si en la edad más creadora de todos los tiempos y en el periodo más interesante de todos los periodos históricos, hubiera la humanidad retrogradado al combate de las especies animales, dándose unas á otras muerte, por la vida. Quizás el amor hubiera podido templar aquella complexión férrea, que no pudieran ablandar las lágrimas y suspiros de una madre. Robespierre se gloriaba de tener lo que jamás había conocido, una grande conciencia, facultad moral calorosa, reemplazada en su espíritu por una facultad intelectual fría, por el abstracto raciocinio. El amor le hubiera despertado los nervios, le hubiera imbuído la facultad creadora de sentir; pero le abandonó el amor, como le abandonara la paternidad, como le abandonara la maternidad, como le abandonaran todos los ángeles custodios de su alma y todas las estrellas, guías de su vida. La mujer á quien amara, y con la cual soñó durante sus primeras mocedades, proponiéndose fundar á su lado una familia y sentir el amor, le abandonó para casarse con otro. Aquel hombre, venido del misterio, educado por varias comunidades, crecido entre leguleyos y ergotistas, pupilo de un prelado, argumentador sempiterno, en la calle de Relatores crecido, no viera sino entidades en su vida, y no vivió sino de abstracciones, por lo cual no tuvo conciencia alguna, ni sentimiento, siendo por humanidad, inhumano, y levantándose á déspota, en defensa de todas las libertades, porque las escuelas donde se nutria y educara el alma suya, le habían dado nociones é ideas, pero no habían podido darle sentimientos, que se generan en la iglesia de un hogar, al soplo de los suspiros y al calor de las miradas que despiden una madre y una esposa queridas. Ni madre conocida por él, ni amada esposa, tuvo Robespierre.

Y, á pesar de carecer del primer bien de la vida, jamás careció de protección. Su padre debía ser bueno y buena su madre, no obstante las irregularidades conocidas, la boda

retardada por votos de familia, el hijo llegado á deshora por impaciencias del amor sobreponiéndose al deber, cuando gente de pocas entrañas, como curiales y monjes, lo amparen hasta darle una lucida carrera con espontaneidad y abrirle las puertas de los grandes cargos con títulos académicos y comisiones electorales. Un canónigo viejo y rico adoptó casi la familia; y en esta célebre adopción á lo romano, distinguió entre todos los hijos al mayor, Maximiano Robespierre. Las gentes sin descendencia propia, suelen inclinarse por impulsos del corazón á recibir bajo su amparo las descendencias ajenas. Lo cierto es que no mirara de mal ojo el obispo á este muchacho, pues, al momento crítico de necesitar educación literaria superior á la en Arras posible, le dió una beca, llave, á cuya virtud, se le abrió la institución de Luis el Grande, colegio regentado por los jesuitas desde la mitad del siglo décimo-sexto hasta el día de su expulsión. Acompañado por su hermana y demás parientes hasta el despacho de diligencias, tomó su asiento y se fué hacia París á la edad crítica de acabar en él su infancia y comenzar su juventud. Aislado siempre y solitario dentro del monástico Arras, aun de niño, no pudo conocer el tribuno la diferencia entre los amigos de su niñez y los amigos de su colegio. Huérfano, tampoco pudo conocer la diferencia entre un hogar habitado por santa madre y un hogar habitado por numerosa colectiva. Su pecho no latió, sus nervios no vibraron, la sensibilidad no pudo crecer en él, cuando comienzan los primeros dolores de la vida, el cambio de una escuela por un colegio, de un hogar por una comunidad, de una familia por unos camaradas. En el colegio continuó aislado como en el pueblo. No quiso ligar su vida con otra vida ninguna y no quiso tampoco sumar su individuo con los otros individuos. El espíritu de la filosofía enciclopedista entró en su espíritu, instigadísimo por la vaga espiritualidad de Rousseau. Así, aunque nunca dijera ni una sola palabra contra el catolicismo á sus maestros, como nunca dijera una sola palabra contra la monarquía, conociase mucho en él que prestaba tributo externo, y no interna devoción, á las prácticas religiosas. El confesor suyo de tal tiempo nos cuenta cómo tenía en sus manos los devocionarios, pero sin doblar las páginas; cómo rezaba sus horas, pero, más que diciéndolas en voz clara y neta, rumiándolas; cómo á misa y comunión asistía por conservar la beca episcopal, no practicar la religión cristiana, maquinalmente, y en obediencia de una consigna. Lo mismo recibió á Luis XVI una tarde, que fuera con su corte al colegio, haciendo alardes literarios de sus visitas al mundo escolar, lo mismo lo recibió, como recibía los sacramentos, con la frialdad de un centinela observando sus compromisos. Y allá en el alma de este joven había confusas inverosímiles aspiraciones al ejercicio de un religioso pontificado y al ejercicio de un político imperio. Cuando el aire se halla muy electrizado, todo se enciende y electriza. Cuando la tierra se compone de lavas, todo el mundo cree que va en esa materia casi líquida, fundida, hirviente, á imprimirse su propia imagen, acusándola y componiéndola con facilidad á sus proyectos y á su semejanza. Cuando encuentra materiales á su disposición, cada pensador, que se cree Dios, erige para sí la indispensable

capilla. Lo que principalmente por aquel tiempo de su colegio, por el año mil setecientos setenta y ocho, embargaba el ánimo de Robespierre, era la cuestión religiosa. Falto de la gracia francesa y del ingenio parisién, érale muy odiosa la Enciclopedia y con su amor á la declamación y con sus teorías deístas concordaba mucho el genio de Rousseau. Aún vivía este genio nómada, en casa de amigos suyos alojado por las hermosas cercanías de París, cuando Robespierre, futura encarnación de Rousseau en política, se fué para decirle que pugnaría por aplicar sus ideas á la sociedad y que continuaría su espíritu, pues la fe de Robespierre en Rousseau parecíase mucho á la fe de Platón en Sócrates y á la fe de San Juan en Cristo. Recibióle casi moribundo el filósofo, y hablaron, como pudieran hablar el testador y el heredero, uno y otro representando algo como la continuación de los tiempos en el Universo, la continuación de los espíritus y de sus ideas en la sociedad. El taimado, tan silencioso y reservadísimo, avaro de su palabra, cumpliendo los deberes católicos por máquina, aquél, cuyos ojos no se fijaban en el devocionario y cuya lengua no se movía jamás al rezo, hizo una declaración de fe, ante Rousseau, diciéndole cómo profesaba el principio de la existencia de un Dios, motor inmóvil que impele todos los orbes, Providencia que ampara todos los hombres, revelando por medio de la conciencia humana, una moral, y por medio de la razón colectiva una teología, cuyos cánones y códigos habían de regir sobre las conciencias individuales y sobre las vidas particulares, como sobre los Estados, por medio de las leyes armonizando espíritu y naturaleza en el seno de la divinidad. Bendijo Rousseau al discípulo. Y éste, humillado en su presencia, creyó recibir la vida, cuando acababa de recibir la muerte. Por su devoción al dogma de su maestro Rousseau ascendió Robespierre al tablado de la guillotina. Lo veremos.

Desde su colegio, donde pasara el espacio de vida comprendido entre la primera infancia y la juventud plena, se fué nuevamente al pueblo de Arras, donde no vaciló en su vocación, el foro, para cuyo difícil oficio cultivó mucho la oratoria, la jurisprudencia, la filosofía, con especialidad la lógica. Y á este oficio del foro unió la devoción por una retórica, ejercitada en temas de religión, política, historia, desarrollados con palabras, muy propias, muy claras, pero muy difusas. La historia romana y el espíritu estoico absorbieron su ánimo. El mucho latín enseñado en una ciudad levítica y en un colegio borbónico, sirvióle para evocar los héroes republicanos de la vieja Roma, sin que soñase nunca, ni en los mayores desvaríos, con aplicar á su patria la República. Era su temperamento el último brotado en el árbol de la geología espiritual donde brotaran Calvino y Loyola. Por consecuencia no se proponía tanto establecer la libertad como establecer la virtud. Y proponiéndose tal objeto, la vida de Fabio, la muerte de Graco, el busto severo de Catón, el puñal tiranocida de Bruto, los últimos mártires de la República, el tribuno absorto en sus meditaciones después que le impusieron silencio los Césares, el estoico menospreciador de una existencia tan triste como la humana y amigo de la verdad absoluta, sirviéronle, como grande objeto

de sus estudios y como arquetipos á que ajustar las ideas de su inteligencia con los actos de su voluntad. Y al conocimiento de la historia romana y al conocimiento de la lengua latina unió una imitación del estilo romano, tan desdichada, y al modelo tan opuesto como las estatuas del aparatoso Versalles á las estatuas del cincel helénico. Una propiedad en su analogía, más rebuscada que natural, una corrección de lenguaje verdaderamente marmórea por lo heladísima; una mezcla de silogismo, desterrado ya, con las abundancias del francés nuevo y con los tonos del discurso elevado; una invariable norma de discurrir y expresar maquinalmente observada, le dieron ese carácter de máquina parlante, que guardará su figura intelectual hasta la más remota posteridad. Dicen que Juanelo hizo un hombre de palo, cuyo tradicional recuerdo guarda célebre calle toledana, el cual hombre de palo andaba como un mozo de cuerda y servía manjares como un mozo de comedor, á causa de cierto aparato mecánico puesto por su famoso hacedor en aquel cuerpo de artefacto. Pues una cosa por el estilo era este gran Robespierre como pensador y como retórico. Sobre las ideas de Rousseau calcaba su propio sistema; y sobre la convencional malamente llamada clásica, su propia forma. Nada tan fácil como tocar á todo lo intelectual ó literario por ambición, para quien lo hace todo con artificio y todo lo cree posible al estudio. Robespierre escribió madrigales con flores de trapo, frases de encargo, disecados ruseñores, cascadas artificiales, parecidas en sus ornamentos de convención á los salones de baile. Y luego aquel hombre, coronado por sus pasiones interiores de agudas espinas, una sobre todo tan triste y punzante como la envidia, destinado á ceñir coronas de espinas á cien cabezas inocentes, entró en una sociedad que se llamó de los rosáceos y obtuvo en ella premios consistentes en flores naturales bien superiores á sus artificiosas flores. Aquel amigo de la humanidad, era bien poco humano; aquel adorador de la Naturaleza, bien poco natural. Sin embargo, algún que otro rasgo digno de loa, encuentran en él con extrañeza cuantos escudriñan su historia con atención. Pasado del foro á la magistratura, renunció su honrosa y lucrativa plaza en los tribunales, por no firmar una sentencia de muerte. Se necesitó lo cegara mucho el combate y se le metiera en el corazón mucho aquel puñal que llevaba clavado dentro del pecho, la envidia, para convertir su complexión y naturaleza de filósofo en la complexión y naturaleza de inquisidor y de verdugo. También otra vez hizo algo humanitario, muy reñido con la obligación que debe cada cual á sus bienhechores; defender ante los tribunales la causa de los siervos eclesiásticos en ruidoso pleito de estos infelices con el antiguo protector suyo, el abad célebre de San-Wasth. Tal renuncia de su cargo por humanidad, tal olvido por humanidad de sus obligaciones, unidos á su oración justísima contra la pena de infamia, que solía encerrar en el calabozo, donde yacían padres más ó menos criminales, hasta sus hijos de pecho, revelan el lado bueno en la naturaleza perversa del tribuno jacobino y del filósofo inquisidor.

Hombres tan cultivados como Robespierre, difícilmente se hallan en ciudades tan mo-

destas como Arras. Así, cuando hubo algún cargo electivo que confiar, se lo impusieron á él sus conciudadanos. Una mañana de Mayo salía Robespierre, entonces joven, acompañado por las mismas personas que le acompañaran de niño al despacho de diligencias, hacia este mismo sitio, para irse de Arras, tomando la parte de soberanía correspondiente con su representación en los Estados Generales, reunidos el año creador de la revolución por excelencia, el ochenta y nueve. Precedíale equipaje modestísimo, llevado en carretilla por mozo de su confianza, y le rodeaba con su familia, una legión de curiosos, interesadísimos en ver aquel misterioso viviente, pero incapaces de adivinar su destino, aunque relevado por su obscuro é ignorado atavismo. Flaquísimo, de nariz afilada, de mirar inmóvil, disimulado por grandes anteojos, impasible aunque tímido, desdeñoso aunque circunspecto, únicamente se conocía la satisfacción interna de su alma en lo erguida que llevaba la cabeza y en lo resuelto que tenía el aire. Por la minuciosidad propia de los escritores franceses, dados en este último período al resalte repujadísimo de lo pequeño en las historias biográficas, sabemos la calle donde vivía entonces, calle de Relatores; cómo se llamó la hermana que en este supremo instante para Versalles le despedía, Carlota; de cuál materia y color era la maleta del viaje, de cuero barnizado; el sitio de donde salían los carricoches comunicantes entre Arras y París, la tienda del tío Leffevre, estañista; la filiación y figura del factor que llevaba en una carretilla el equipaje, Lantillete, pocero; la cantidad que costó el billete de la diligencia, treinta y cinco libras con diez sueldos. Era un hombre-idea. Y entró en la historia cuando entró en Versalles. Y entró en Versalles cuando acababa de cumplir treinta y tres años. Y lo hemos dicho: no estuvo pródiga con él la Naturaleza. En primer lugar, carecía del arpa que más suena en la complexión humana, del arpa de los nervios. En segundo lugar no tenía voz de trueno, tenía voz de flauta. La figura semejaba una sombra por lo sombría, no sombra infernal, que acalora y entusiasma con su contacto, sombra helada de vestiglo. Vence la impotencia proveniente de su timidez, habla y no le oyen. Mientras tanto escucha todo el mundo la fría lectura del redomado Sieyès, la prosa correcta del discutidor Barnave, la sublime tempestad levantada por el Verbo de Mirabeau, fulminante. De naturaleza envidioso; la envidia pasó allí, en el Congreso constituyente de vicio á crimen. Ya que no podía vencer á sus enemigos era preciso matarlos. Con las ideas del nuevo régimen, sobre todo en lo relativo á la servidumbre de los débiles, tenía la intolerancia del régimen antiguo. Deseaba fundar una Inquisición filosófica para defender al nuevo Dios de la conciencia humana y un absolutismo dictatorial para defender el nuevo régimen de la democracia redimida. Así delataba como los inquisidores y mataba como los tiranos. Estos dos pensamientos capitales de su vida, y la reconcentración en sí mismo para realizarlos, transparentábase mal de grado en lo amarillo de una piel adobada por el ayuno y el insomnio así como en lo prematuro de las arrugas que le surcaban el rostro. Su ira debía ser tanto más temible, cuanto que al furor del alma, ver-

dadera furia interna, se oponía él mismo con la externa regularidad y compostura de su vida. Podía pensar como un filósofo, anotaba los pensamientos como un escribano. Por gusto quizás no hubiese matado una mosca; por envidia y reflexión hubiese aniquilado á la humanidad, si en ella existía un solo individuo evidentemente superior á él. Su amor á la igualdad habíale sugerido al desamor de la espontaneidad. Tendía telas de araña en torno de sus víctimas, y presas ya en el enredo, sacaba las uñas de águila, destrozándolas. La debilidad le daba cobardía; y su cobardía le daba crueldad. ¡Librenos Dios de los cobardes! Todas sus ideas estaban en línea recta y todos sus actos en tortuosidades sin fin. No le oían y hablaba siempre. Una vez que se presentó el americano Jones al Congreso de Versalles, con una felicitación oral, por encargo de América, le respondieron los primeros oradores, le respondió la presidencia; y cuando todo estaba concluido casi, pidió la palabra él. Ni los primeros oradores pueden hablar cuando se ha terminado en la Cámara un importantísimo incidente y llega otro. Imposible que hablara en aquel momento Robespierre siendo de los oradores últimos. Intentó responder el cuitado y nadie le oyó. La turbación le anudó la garganta, y se vió constreñido á sentarse, por la universal distracción, tras frases sin verdadero sentido en sí mismas y entre sí mismas incoherentes, de toda incoherencia. Un colega chusco, y remachando el clavo de su tormento, dijo: «que se imprima el discurso de Robespierre». No dormiría en una semana lo menos, tras tanto debate, y la pasaría segregando veneno en las fauces de su envidia. Si hubiera de ponerse á cada gran tribuno de aquel tiempo un animal simbólico, como se los pone á sus Evangelistas la Iglesia, yo le pondría el águila caudal á los Mirabeaus, el rubio león á los Dantonés, y á Robespierre la víbora. No le veréis nunca volar, no le oiréis nunca rugir, se arrastra y silba para picar mejor el pié de su contrario.

Ya que no pudo por la elocuencia dominar, quiso dominar por la virtud. Con sus palabra no podía vengarse de sus enemigos, porque nadie le oyera en los Estados generales. Así como no hay matrimonio posible sin marido y mujer, no hay oratoria posible sin orador que hable y gente que oiga. Robespierre estaba de continuo en su Asamblea; mas no estaba el público nunca. En cuanto él se ponía de pié, las gentes del salón y de sus tribunas, poníanse todas sin excepción en cobro. Los publicistas no se curaban de aquel sér abstracto, con cuerpo de sombra y frases de rúbrica. En mil ocasiones cuentan sus biógrafos le sustituyeron en la crónica de sesiones el apellido con las estrellitas puestas á los constituyentes ignorados y anónimos. No podrá dominar por la elocuencia, pues dominará por la virtud; no podrá obtener un auditorio en el Congreso de los diputados, pues obtendrálo en el club de los jacobinos. Como le ponían todos en ridículo, él á todos ponía en el índice de sus futuros desquites. Y así logró, más que fijar la general atención en su elocuencia, logró fijarla en su persona. Se contaba que era superior á las flaquezas de los amores humanos; que gastaba treinta sueldos en comer cada día; que por el barrio de las